

Samuel A. Lillo

Discurso contestación al del señor Luis Orrego Luco

Nos encontramos ante una de las figuras máximas de nuestras letras que, desde hace muchos años, debió haber ocupado el sillón académico que hoy viene a honrar con sus merecimientos, como lo honró con el prestigio de su palabra el ilustre orador a quien viene a reemplazar.

Don Luis Orrego Luco pertenece a una familia de escritores y de artistas. Hermano por la sangre y por las nobles aficiones del espíritu, de aquel sabio médico e historiador, orgullo de esta Universidad, a quien un poeta llamó con justicia «Augusto por el nombre y por los hechos» y hermano también de aquel artista del pincel que vació, en sus dulces y melancólicas marinas, toda la nostalgia de su alma inquieta y atormentada, este nuevo académico a quien no agobian ni el peso de los años ni el de los laureles conquistados, hoy viene a completar en nuestra historia el tríptico glorioso de estos tres excelsos y fraternos luchadores.

Luis Orrego probó, desde muy temprano, la dulce miel halagadora de los triunfos literarios.

Era un niño cuando el Consejo de Instrucción Pública prendió en su pecho la clásica medalla de oro de los vencedores, por su estudio «Causas mediatas e inmediatas de la Independencia de América».

Era todavía un adolescente cuando escribió su «Princesa de Abisinia», el primero de una serie de cuentos en que ya aparecían las nobles cualidades del que iba a ser, más tarde, el insigne autor de «Casa grande».

Después de la guerra del Perú, la paz y el bienestar económico produjeron en Chile un verdadero florecimiento literario, científico y artístico.

El Club del Progreso y el Ateneo antiguo eran, en 1887, dos instituciones que ejercían una positiva influencia en el ambiente social, sobre todo entre la juventud universitaria que acudía a sus sesiones.

Numerosas revistas, dirigidas algunas de ellas por hombres prominentes en las letras, acogían los trabajos de los escritores.

Mencionaremos especialmente la «Revista de Artes y Letras» y la «Revista del Progreso».

Hubo también, en esos años, un diario que fué como un hogar para todos los jóvenes que hacían sus primeros ensayos en las letras. Me refiero a «La Epoca», de feliz recordación para todos nosotros.

Escribía sus editoriales el doctor don Augusto Orrego Luco, y en sus salas de trabajo se celebraron, puede decirse, las primeras tertulias literarias de los diarios de Chile.

Los mantenedores de estas reuniones fueron don Luis Orrego Luco y don Manuel Rodríguez Mendoza. Este era considerado ya por la juventud como un maestro y tenía un enorme prestigio periodístico y literario.

Los contertulios eran en su mayor parte muchachos periodistas y literatos, algunos de los cuales llegaron a ser después vigorosas personalidades en las letras.

Allí acudían, entre otros, Carlos Luis Hübner, el charla-dor insuperable, autor de celebradísimos artículos de costumbres y de crítica festiva; Pedro Balmaceda Toro, aquella gran esperanza de las letras tronchada en plena ascensión cuando tanto se esperaba de su talento; Alfredo Yrarrázabal, autor de crónicas y poesías humorísticas; Narciso Tondreau, el delicado poeta de «Penumbas» que entonces empezaba a llamar la atención por la armonía y dulzura de sus estrofas; Jorge y Roberto Huneeus, periodista el primero, y poeta y autor dramático, el segundo, y por fin Samuel Ossa Borne, que publicó después interesantes recuerdos de estas simpáticas reuniones. (1)

Asistían también, de vez en cuando, como personas de respeto y altamente consideradas por los muchachos, el nove-

(1) El escritor Arturo Torres Riosco, en su libro sobre Rubén Darío, publica do en 1931 en Estados Unidos, trae también una animada y pintoresca descripción de las tertulias de «La Epoca».

lista e ingenioso conversador, don Vicente Grez y el laureado poeta Pedro Nolasco Préndez.

Ahí llegó también un día Rubén Darío, que fué recibido con amistosa camaradería por los contértulios.

Luis Orrego Luco describe así al recién llegado:

«Era alto de cuerpo, flaco, de color avellanado, de ojos pequeños y brillantes, nariz aplastada, barba escasa. Cualquiera hubiera dicho un indio en su wig - wan, al verle con su aspecto indolente y su fisonomía inmutable y cobriza.»

Cuenta Orrego Luco que entonces escribió Rubén Darío su famosa décima a Campoamor. El director del diario había pedido a los jóvenes unos versos para el retrato del poeta español, que debía salir al día siguiente en «La Epoca».

Cuando los poetas le llevaron sus obras, él escogió la bellísima estrofa de Rubén Darío, que decía así:

*Este del cabello cano,
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
a su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que, volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.*

El vendaval de la revolución de 1891 dispersó la juventud del Club del Progreso, del Ateneo antiguo y de las tertulias de «La Epoca».

Luis Orrego se incorporó en las huestes constitucionales en las que llegó a ser comandante de un batallón, y después de haber derramado su sangre en defensa de sus principios, cuando la paz se restableció, volvió a sus tareas en «la prensa» y en las letras, e ingresó a la carrera diplomática, en la que iba a obtener altos puestos y honoríficas distinciones.

Poco tiempo más tarde pudo cumplir uno de sus más ardientes anhelos: el de ir a España. Allí conoció de cerca a los escritores que la juventud chilena admiraba: a Núñez de Arce, cuyos poemas «El idilio» y «El vértigo» habían entusiasmado al público del Municipal en veladas memorables interpretados por el gran actor Rafael Calvo; a Ramón de Campoamor, cuyo

«Tren expreso» tenía tantos recitadores caseros en las tertulias familiares, en las cuales las damas sensibles y sin complicaciones de entonces lloraban oyendo las estrofas de aquella carta sentimental y romántica del poema que empieza:

*Mi carta que es feliz, pues va a buscaros,
cuenta os dará de la memoria mía.*

a Pérez Galdós, entonces en el apogeo de su fama; a Echegaray, cuyos terroríficos dramas legendarios solían imitar aquí algunos jóvenes poetas que felizmente no hicieron escuela; a Menéndez Pelayo, el Benjamín de la Real Academia, cuya gran figura esculpió, con las frases indelebles de su maravilloso discurso, don Juan Agustín Barriga en una memorable sesión de esta misma Academia Chilena; y finalmente al ilustre autor de «Pepita Jiménez» y «Juanita la larga» que, con la pintura de sus galanes cincuentenarios, robustos y decididos, despertó las esperanzas de más de un añejo don Juan santiaguino, en esta tierra en que la vejez comienza a la edad en la cual, en otros países, el hombre da pruebas de la mayor eficiencia física e intelectual.

En Madrid, se instaló como en su casa. Tuvo amigos, colegas y hasta editores, porque una empresa española le publicó sus «Páginas Americanas», libro que circuló profusamente en Madrid y en América y que, a la vez de haber sido un éxito económico para el editor, fué, puede decirse, el espaldarazo literario que en tierra extraña diera la fama al joven escritor.

La primera novela de Luis Orrego es «Un idilio nuevo» publicada como folletín en la «Revista de Chile» en 1899.

Su argumento es sencillo, sin episodios secundarios que lo compliquen.

Un joven provinciano, emparentado con las primeras familias de la aristocracia santiaguina, viene a estudiar leyes a la Universidad.

Un poco desorientado al principio, luego se encuentra en el ambiente que le corresponde, asiste a las fiestas sociales, descuida sus estudios y se enamora de su prima Julia, la niña más elegante y cortejada de los salones de la capital.

Como el pequeño sueldo del empleo que le han conseguido no le alcanza para subvenir los gastos de su nueva vida, juega a las cartas y a las carreras y por último, desesperado por no tener dinero para casarse con su prima, que lo quiere también,

sustraer fondos de la caja fiscal puesta a su cuidado, los juega a la Bolsa y los pierde.

Su padre, para evitar el escándalo, paga, y el muchacho, ayudado por un amigo, sale fuera del país.

Algunos creyeron ver en el autor un continuador de Blest Gana y en el protagonista un nuevo Martín Rivas. Hubo en efecto, autores que se dejaron influir por este gran maestro de nuestra novela.

Por eso aparecen en algunos libros chilenos, jóvenes provincianos conquistadores de beldades ricas y aristocráticas deleitando con el éxito de sus amores a los espíritus románticos que no buscan en los libros sino la realización de sus sueños simplistas.

Pero Orrego Luco no entró por el camino abierto y fácil que se le presentaba. Su héroe, que obedece al pintoresco sobrenombre de «Champañita», nada tiene de la inocencia y la honradez de Martín Rivas que compra zapatos en la plaza y paga los desdenes y despegos de la familia que lo protege, con servicios inapreciables que le conquistan al fin el cariño y la admiración de todos.

Martín Rivas es un valioso estuche cerrado que sólo se abre para mostrar sus nobles aptitudes.

«Champañita», por el contrario, es sólo una burbuja que surge y se desvanece, un muchacho alegre y simpático para quien la vida no es más que una sucesión de fiestas agradables y de mujeres hermosas.

Por eso, el fin de ambos héroes es diverso, pero conforme a la vida de cada uno.

Blest Gana, con el éxito amoroso de Martín Rivas se quedó dentro de los límites dulces y convencionales del romanticismo de su tiempo; y Orrego, con el fracaso de su «Champañita», se acercó más a la realidad presente dando, sin pretenderlo abiertamente, a la juventud ligera y frívola la dura lección de que, en la vida, el triunfo no se conquista por sorpresa.

En 1905, publicó Luis Orrego, el primer libro de una serie titulada «Episodios nacionales».

Quiso hacer en Chile lo que el gran Pérez Galdós había hecho en España.

En efecto, «1810» o «Memorias de un voluntario de la Patria Vieja» reveló las sobresalientes cualidades del autor en el género histórico novelesco. En ese libro se hace una viva narración de la vida colonial en la época en que empezaron las

primeras agitaciones patrióticas que culminaron con la formación de la Junta de Gobierno del 18 de Septiembre de 1810.

Allí aparecen las curiosas tertulias de los criollos en las tiendas de algunos de los más ricos y considerados comerciantes de Santiago, las reuniones de los aristocráticos salones de las familias realistas, las querellas y rivalidades entre las audiencias y los cabildos, la sombría tragedia de don Tomás de Figueroa terminada en el patíbulo y la actuación de Martínez de Rosas, Argomedo, Rojas, Vera, Camilo Henríquez y otros que desfilan dejando en las páginas vibrantes de este libro las imágenes reales de sus vigorosas personalidades.

Todo esto en el fondo, y alrededor, el fino y acabado dibujo del romántico amor de dos adolescentes que promete animar los próximos volúmenes de la serie.

Desgraciadamente para la literatura nacional, los quehaceres y viajes de la carrera diplomática impidieron al autor continuar en su propósito.

«Casa Grande» es la novela de Orrego Luco que mayor impresión produjo en el público.

Fué alabada por los críticos y censurada duramente por una gran parte de la sociedad, que creía ver en ella un ataque a sus tradicionales privilegios y a su orgullo de clases y hasta una traición de uno de los suyos, que se atrevía a revelar los secretos e intimidades de los intocados hogares de la aristocracia. El autor fué atacado personalmente; tuvo que defenderse por la prensa y lo hizo con brillo y valentía.

No necesitamos entrar en un estudio detallado de la obra maestra de Orrego Luco, porque esto está ya hecho por los críticos Omer Emeth y Domingo Melfi: el primero en «La Vida Literaria en Chile» y el segundo en sus brillantes y conceptuosos «Estudios de la Literatura Chilena» publicados en 1938. Ambos están conformes en el valor que esta obra tiene como documento histórico en la sociedad chilena.

Omer Emeth dice: «Creo que antes de muchos años, este libro será el mejor documento histórico que tengamos sobre la vida social chilena en los años 1900 - 1908. Todo historiador lo tomará en cuenta y entonces se verá cuán importante es «Casa Grande».

Domingo Melfi en los referidos estudios dice:

«Se aparta este libro de la producción frecuente de los escritores y es el primer documento serio para el estudio de nuestra sociedad. Provocó la más ruda tempestad que libro al-

guno haya levantado en Chile.» En seguida lo estudia con ojo certero y con criterio de maestro y lo coloca en el alto lugar que le corresponde en nuestra historia literaria.

En sus libros «En familia» y «La tempestad», el autor continúa el estudio de las costumbres chilenas que se había propuesto.

El primero, como su nombre lo indica, se consagra principalmente a la vida del hogar de una de las respetables familias de la alta sociedad que tiene, entre el oropel de sus vanidades, sus sufrimientos y sus sacrificios silenciosos, sobrellevados con la dignidad y la nobleza de los antepasados patricios y la resignación cristiana de los corazones creyentes y piadosos.

En «La tempestad», que es una continuación de la obra anterior, narra la catástrofe política y social de 1891.

Puede afirmarse que este es el primer libro que traza un cuadro completo de este memorable acontecimiento. Antes de él, sólo se habían publicado cortos ensayos novelescos de algunos escritores de talento, entre los cuales debemos recordar la obra «Ultimos Proyectos de Eduardo Castro», pequeña novela artística y fuerte de René Brickles en que hay perfiles admirablemente dibujados, escenas conmovedoras sobriamente contadas y al final, una macabra matanza de unos cuantos ilusos que asaltan un cuartel en pleno día.

«La Tempestad» empieza con los acontecimientos que precedieron a la revolución, los desfiles tumultuosos de los estudiantes universitarios que desafiaban las cargas de caballería en las calles de Santiago, y sigue después con las angustias de las familias, las fugas dramáticas de los perseguidos y termina con la más vibrante y épica descripción de la batalla, en que toma parte el autor y en la cual mueren los dos personajes más importantes de la novela.

En 1929 entrega a la imprenta su novela «El Tronco Herido».

No pertenece al ciclo de sus obras anteriores. No es un estudio de costumbres sociales, sino una atrayente y sentida novela pasional en que el héroe soluciona al fin el conflicto sentimental entre su amante enferma y triste y su novia joven y alegre, rompiendo su compromiso para darle a la primera los últimos días de consuelo y de paz, bajo la égida protectora de un cariño que ya no es amor, sino una mezcla de piedad y de recuerdos.

La amante muere y Fernando se ausenta del país para vol-

ver, diez años después, como un extranjero en medio de un mundo nuevo que no conoce y al que no se adapta. Ve con tristeza a algunos de sus amigos envejecidos. Allí está también su antigua novia. Se miran como extraños; el pasado no resurge y se apartan en silencio como dos sombras que se pierden en el tiempo.

Entonces el héroe recuerda las selvas del sur que acaba de visitar, y comprende que él es ahora hermano de aquel árbol viejo y firme que ha visto erguirse entre las ruinas de los otros; pero que tiene amarillento su follaje, porque ya está su tronco herido por el hacha que inexorablemente ha de tumbarlo.

Del estudio comparado de sus obras fluyen las siguientes características que muestran a Orrego Luco como un autor original que marcha por caminos propios.

Es novelista de costumbres urbanas y sociales. Nunca el campo ni sus problemas le llamaron la atención hasta el punto de inspirarle algunas de sus obras.

Tuvo el buen sentido de no caer en la imitación de Blést Gana pintando héroes románticos que conquistan dama y riquezas, como ya lo insinuamos. Comprendió que los tiempos habían cambiado y los jóvenes provincianos que llegaban a la Universidad no eran los inocentes ilusos de mediados del siglo XIX.

Sus libros estudian preferentemente las clases sociales elevadas, de cuyos usos y modalidades se manifiesta un profundo y cabal conocedor, según el testimonio de sus amigos y de sus críticos.

Pero es admirable que pueda pintar con tantos visos de realidad la vida de ciertas residencias de familias modestas y las casas de pensión de los estudiantes, que sólo visitara de ocasión.

Se le ha criticado su amor entusiasta por las descripciones de locales, mobiliarios y artefactos, y sobre todo de los trajes y adornos femeninos que jamás pasa por alto. Sin embargo los que hacen estos reparos deben tomar en cuenta que ha prestado, con sus observaciones agudas sobre esta materia un gran servicio a los escritores de ahora. En estas minuciosas descripciones de locales, de muebles y vestidos tenemos la evocación de la vida familiar y social de la aristocracia santiaguina hecha por un artista y por un hombre de mundo.

Una de las características que honran a este autor es el respeto y consideración que tiene por las damas.

Las heroínas que figuran en las novelas que estudiamos no le sirven de sujetos pacientes en los análisis y disecciones que hace de la sociedad chilena.

Lejos de eso, son más bien víctimas de su medio. En efecto las mujeres de sus libros no pierden nunca su dignidad femenil, sus actitudes señoriales y el recato pudoroso tan desconocido por otros escritores.

La bella Julia del «Idilio Nuevo» es un tipo de elegancia y de altivez, que por mantener su rango va a casarse sin cariño con un hombre rico. En medio de sus conflictos se conserva pura, no obstante su romántico amor por su primo, que la coloca tantas veces al borde del precipicio.

La dulce Carmencita de los «Episodios Nacionales», la del cutis de rosa y el cuerpo de lirios, que se estremece al primer beso de amor y huye, como una paloma asustada, entre las altas yerbas del jardín abandonado, es el símbolo de un amor que hoy apenas se comprende.

Gabriela, la rubia belleza melancólica de «Casa Grande» que, envuelta por el torbellino pasional de Angel Heredia, cree haber fabricado un nido de amor en medio de aquella sociedad frívola y práctica y que, desengañada de su marido y traicionada villanamente, se convierte en una mártir silenciosa que defiende su dignidad a costa de los mayores sufrimientos, y que sucumbe al fin envenenada por su propio compañero, teniendo en medio de las angustias de la muerte fuerzas aun para librar al padre de sus hijos del oprobio de su crimen, es la encarnación de la esposa del hogar cristiano embellecida y engrandecida por la pluma de un escritor generoso y comprensivo.

En sus libros «La tempestad» y «En familia» ocupa el primer plano, entre los personajes femeninos, Elisa, que sigue, durante su vida accidentada, la línea recta que le trazaron sus antepasados y obedece al concepto del honor sostenido, hasta el quijotismo, por el jefe venerable de aquel hogar azotado por las desgracias, pero confortado siempre por la fe y el respeto a la tradición.

Y finalmente en «El tronco herido» aparecen dos bellas mujeres igualmente buenas y que, sin embargo, son una contraposición.

Laura, nueva Margarita Gautier idealizada, que no ha tenido sino un solo amante, a cuyos brazos la empujó el destino, y que muere, como ella, purificada por el sufrimiento, y Anita, exuberante de salud y de belleza que cruza como una garza

blanca la charca del lodo sensual que la rodea, sin manchar su plumaje immaculado, están allí como las figuras centrales del cuadro en que el artista nos pinta la sociedad chilena contemporánea.

Pero por sobre todas estas características, sobresale la de su valor y sinceridad para exponer la decadencia y la descomposición de las clases altas, a causa del dinero fácilmente ganado en especulaciones y en negocios de dudosa moralidad.

Orrego Luco no es un redentor del pueblo, como los que tan abundantemente hoy aparecen en todas partes, es un redentor que corrió los mayores riesgos sin tener en su favor ninguna de las ventajas de la popularidad.

El tuvo, como recompensa, únicamente los ataques y las reclamaciones de las gentes de su clase, que le acarrearón mil disgustos y sinsabores, y la indiferencia de los de abajo que no se preocupaban de lo que sucedía en las alturas.

De modo que Orrego Luco se quedó solo, cual le pasa a los hombres generosos que van contra su medio.

Como todos los escritores que han agitado el ambiente de su época y producido algún revuelo de pasiones e inquietudes, después que se sosegarón los espíritus, cayó el autor de «Casa Grande» en el silencio y casi en el olvido a que lo condenaron los mismos que tanto lo discutieron.

Correspondió a uno de los más distinguidos escritores de la nueva generación, don Domingo Melfi, de quien ya hemos hablado, el honor de volverlo a traer al campo de las luchas literarias con nuevos estudios y consideraciones acerca de sus trabajos. Sus libros son hoy, como antes, leídos y discutidos. Algunos atacan otra vez al autor, y otros, lo ensalzan, pero todos reconocen su labor dignamente hecha y su fama noblemente ganada.

Es que el escritor y el artista que han puesto en su obra lo más puro y sincero de su espíritu no pueden ser olvidados.

Hay una ley suprema que se cumple inexorablemente. Nada pueden las mixtificaciones apasionadas que crean las glorias huecas o producen los olvidos prematuros, contra la justicia social de los espíritus selectos que, tarde o temprano, coloca la obra de los hombres en el lugar que le corresponde.

Por eso, qué agradable será para este excelso varón de las letras el que, en esta misma casa que escuchó los aplausos de su primer triunfo y en que después resonaron las elocuentes palabras de su enseñanza en la cátedra y de sus conferencias en la

tribuna, venga ahora a recibir la calurosa acogida que le rinde la más alta institución intelectual de la República, en medio del respetuoso homenaje de la juventud que lo admira en la brecha todavía, y de sus viejos compañeros que con él empezaron la jornada de trabajos y de lucha y que, hoy en la hora del triunfo, le tienden cariñosos las manos fraternales.